

Destino

Esta historia me la contó mi abuelo paterno que vivió en Nashville, Estados Unidos de Norteamérica: me aseguraba que era rigurosamente cierta.

Cómo logró enterarse del final es un misterio. La inocencia de mi niñez y la pasión que ponía en la narración, se conjugaron para que le creyese a pie juntillas. Ahora que la madurez y el razonamiento han opacado la veracidad del relato, me hacen recapacitar del ejemplo formidable que me dio mi abuelo de la igualdad de los hombres —cualquiera sea su raza y condición social—, y el castigo justo que merecen aquellos que se consideran de una casta superior.

La voz gutural de la cantante llegaba potente a la implacable cuadrilla de largas sombras claras que se desplazaba silenciosa hasta cercar al inofensivo grupo extasiado con la intérprete magnífica. Las calles de tierra del infame villorrio —oscuras y desiertas—, facilitaron la llegada de la artera visitante. La luna apenas se atrevía a iluminar los contornos de la mujer, que acompañaba el espiritual negro con suaves balanceos de su cuerpo joven.

El que marchaba al frente del asedio volvió a sacar la botella de entre sus ropas y le dio un largo trago. El alcohol lo calentaba, era su compañero, le daba coraje.

Durante largos minutos permaneció subyugado escuchando, los ojos brillantes y la mirada fija en el voluptuoso contoneo de las caderas de la negra. Luego, como decidido a romper el hechizo, hizo una señal a sus seguidores, que se colocaron las capuchas, encen-

dieron las antorchas y avanzaron estrechando el cerco.

Se arrastra, iluminado por el caserío fulgurante. ¿Por qué esa sensación de quemazón ácida en el estómago, de intestinos retorcidos al rojo vivo, esa fatiga demoledora y brutal?

La de hoy sí que fue una noche movida. Sería ascendido a Águila Real. Con esfuerzo, abre los ojos. No, no son imágenes de un sueño largamente acariciado, es la realidad; allí, en el final de la calle, se ven las llamas. Tuerce la boca en lo que quiere ser una sonrisa de satisfacción. Observa el cielo rojo esperando las columnas de humo blanco, negro, gris, gloriosas columnas que significan destrucción, la muerte para estos malditos negros, nunca debieron rebelarse contra nosotros, los únicos seres humanos, ellos no lo son, sólo esclavos, brazos ejecutores de sus dueños —¿por qué me duele tanto?—, me mareo, no debo beber cuando hacemos estas incursiones, después me pasa esto y no puedo disfrutar de toda la fiesta, la cara de los negros cuando nos vieron con nuestras vestiduras, las capuchas y las antorchas en las manos, negros ignorantes, supersticiosos, nos habrán visto como demonios vengadores, huían espantados, dando alaridos, sólo uno me hizo frente, yo los perseguía, a pesar de mi borrachera los atrapaba, machacaba sus cabezas contra los charcales que se teñían de un rojo infame, las mujeres me resultaban más fáciles, especialmente las preñadas, pesadas para correr, era un placer alcanzarlas y con un empujón, hacerlas caer; ya en el suelo —peces gordos y torpes—, patearlas y patearlas hasta que dejaran de moverse y así evitar que otro negro viniese a aumentar la hez del mundo; para los viejos que apenas podían moverse siempre había fiesta, no me dejaba ablandar por los ojos suplicantes, piedad no, una fiesta especial con brea bien caliente y un revolcón sobre plumas y excrementos.

De regreso en la sala de su mansión, frente a sus hijos varones y a los amigos más íntimos, relatará las hazañas realizadas contra esa ralea despreciable, rodeado de los emblemas de la Hermandad y los retratos de su padre, Gran Duende, y del Coronel Simmons, antepasado glorioso y Primer Mago Imperial del Klan resucitado.

Recuerda sus comienzos como simple *Klansman*, cuando su padre lo llevó al *den* y lo presentó con orgullo a los miembros de la Sociedad, la imponente ceremonia de iniciación con las tradicionales capuchas, los gloriosos emblemas del Klan, la emoción del juramento solemne.

Sumido en un letargo doloroso, revive esos instantes; un sentimiento de fragilidad increíble que se transforma en dolor astillante localizado en el vientre lo vuelve a la calle desierta. Boquea, le falta el aire, contrae sus músculos, piensa que no debe tomar tanto y deja de respirar.

Allí está, tirado en la calle, roja de llamas y plena de violencia, entre pilas de basura y un mueble viejo sin cajones. No entiende cómo puede verse a sí mismo. Se acerca y comprueba con sorpresa el gran charco de sangre que hay debajo de su cuerpo. ¡Claro, el dolor punzante en el vientre! ¡El negro que le hizo frente! En el ardor de la lucha no sintió el cuchillo traidor. Así que esto es la muerte, y ahora ¿qué?, ¿se quedará vagando por el mundo? Nunca ha creído en Dios ni en una vida posterior, no sabe qué hacer, no desea alejarse de su cuerpo, quiere protegerlo de las ratas que lo acechan, como si debiese custodiarlo, como si esperara un pase mágico que pudiese incorporarlo nuevamente a él.

Comienza a hacer un balance de su vida. No está arrepentido de las ejecuciones, ellos no merecen vivir, bebió demasiado, eso fue un error, tan borracho que un simple negro pudo ganarle en la lucha, la primera vez, lástima que fuera la última. Evoca a la

joven negra violada hace varios meses, cuando se le escapó viva, otra equivocación; le da náuseas engendrar un asqueroso mulato con esa escoria de carnes fuertes que sólo pudo tentarlo enloquecido por el alcohol, seducido por esa voz que cantaba espirituales.

De pronto, comienza a tomar forma, las penumbras lo rodean, ya no alcanza a ver su cadáver tirado en el basural, ¿qué pasa ahora?, se corporiza y pliega elásticamente sobre sí mismo, piernas y brazos contraídos, un calor agradable lo envuelve, siente muy cercanos otros latidos que no son suyos, escucha una voz gutural que canta una canción de cuna, comprende su destino mientras los recuerdos de su vida empiezan a borrarse, pateada de bronca e impotencia, se interrumpe la canción, ¡la primera patadita!